

*adoloriar* ciervas... En palacio suyo *tudas* decir *grolia*. *Adonai* por el diluvio se asentó... *Adonai* bendecir su *puebro* con paz...»

Aún prosiguió recitando oraciones hebráicas en castellano del siglo xv, que en la memoria desde la infancia conservaba, y Benina le oía con respeto, aguardando que terminase para traerle á la realidad y sujetarle á la vida común. Discutieron un rato sobre la conveniencia de tornar á la posada de Santa Casilda; mas no parecía él dispuesto á complacerla en extremo tan importante, mientras no le diese ella palabra formal de aceptar su negra mano. Trató de explicar la atracción que, en el estado de su espíritu, sobre él ejercían los áridos peñascales y escombreras en que á la sazón se encontraba. Realmente, ni él sabía explicárselo, ni Benina entenderlo; pero el observador atento bien puede entrever en aquella singular querencia un caso de atavismo ó de retroacción instintiva hacia la antigüedad, buscando la semejanza geográfica con las soledades pedregosas en que se inició la vida de la raza... ¿Es esto un desatino? Quizás no.

## XXIX

Con todo su ingenio y travesura no pudo la anciana convencer al marroquí de la oportunidad de volverse al Madrid alto. «Y no sé—le dijo echando mano de todos los argumentos,—no sé cómo vas á arreglarte para vivir en este monte de tus penitencias. Porque tú no pides; aquí nadie ha de traerte el garbanzo, como no sea yo; y yo, si ahora tengo algún dinero, pronto me quedaré sin una mota, y tendré que volver á pedirlo con vergüenza. ¿Esperas tú que aquí te caiga el maná?

—*Cader sí manjá*, —replicó Almudena con profunda convicción.

—Fíate de eso... Pero dime otra cosa, hijito: ¿habrá por aquí dinero enterrado?

—Haber *mocha*, *mocha*.

—Pues, hijo, á ver si lo sacas, que en este caso no perderías el tiempo. Pero ¡quí! no creo yo las papas que tú cuentas, ni las hechicerías que te has traído de tu tierra de infieles... No, no: aquí no hay salvación para el pobre; y eso de sacar tesoros, ó de que le traigan á uno las

carretadas de piedras preciosas, me parece á mí que es conversación.

—Si tú casar *migo*, mi *encuentrar* tesoro *mocha*.

—Bueno, bueno... Pues ponte á trabajar para la averiguación de dónde está la tinaja llena de dinero. Yo vendré á sacarla, y como sea verdad, á casarnos tocan.»

Diciéndolo, recogía en su cesta los restos de comida para marcharse. Almudena se opuso á que se fuese tan pronto; pero ella insistía en retirarse, con la firmeza que gastaba en toda ocasión: «¡Pues estaría bueno que me quedara yo aquí, puesta al sol y al aire como un pellejo en secadero de curtidores! Y dime, Almudena: ¿me vas tú á mantener aquí? ¿Y á mi señora, quién le mantiene el pico?»

Esta referencia á la casa de la señora despertó en Mordejai el recuerdo del *galán bunito*; y como se excitara más de la cuenta con tal motivo, apresuróse Benina á calmarle con la noticia de que Ponte se había marchado ya á sus palacios aristocráticos, y de que ni ella ni su ama Doña Francisca querían trato ni roce con aquel viejo camastrón, que les había dado un mal pago, despidiéndose á la francesa, y *quedándoles á deber* el pupilaje. Tragóse el africano esta bola con infantil candor; y haciendo prometer y jurar á su amiga que á verle vol-

vería diariamente mientras él continuase en aquella obligación de sus acerbas penitencias, la dejó marchar. Fué Benina por arriba, prefiriendo subir hacia la estación, como salida más cómoda y practicable.

De vuelta á casa, lo primero que su señora le preguntó fué si sabía cuándo regresaba de Guadalajara D. Romualdo, á lo que respondió ella que no se tenían aún noticias seguras del regreso del señor. Nada ocurrió aquel día digno de notarse, sino que Ponte mejoraba rápidamente, poniéndose muy gozoso con la visita de Obdulia, que estuvo cuatro horas platicando con él y con su mamá de cosas elegantes, y de sucesos rondeños anteriores en cuarenta años á la época presente. Debe hacerse notar también que á Benina se le iba mermando el dinero, pues comió allí la *niña*, y fué preciso añadir merluza al ordinario condumio, y además dátiles y pastas para postres. Con el gasto de aquellos días, con las prodigalidades caritativas en las Cambroneras, los duros que restaron del préstamo de la *Pitusa*, después de saldados débitos apremiantes, se iban reduciendo por horas, hasta quedar en uno solo, ó poco más, el día de la tercera escapatoria al arrabal del Puente de Toledo.

Es cosa averiguada que en aquella tercera excursión le salió al encuentro el anciano del

día anterior, que dijo llamarse Silverio, y con él iban, formados como en línea de batalla, otros míseros habitantes de aquellos humildes caseríos, llevando de intérprete al hombre des-  
 pernado, que se expresaba con soltura, como si con esta facultad le compensara la Naturaleza por la horrible mutilación de su cuerpo. Y fué y dijo, en nombre del gremio de pordioseros allí presente, que la señora debía distribuir sus beneficios entre todos sin distinción, pues todos eran igualmente acreedores á los frutos de su inmensa caridad. Respondióles Benina con ingenua sencillez que ella no tenía frutos ni cosa alguna que repartir, y que era tan pobre como ellos. Acogidas estas expresiones con absoluta incredulidad, y no sabiendo el lisiado qué oponer á ellas, pues toda su oratoria se le había consumido en el primer discurso, tomó la palabra el viejo Silverio, y dijo que ellos no se habían caído de ningún nido, y que bien á la vista estaba que la señora no era lo que parecía, sino una *dama disfrazada* que, con trazas y pingajos de *mendiga de punto*, se iba por aquellos sitios para *desaminar* la verdadera pobreza y remediarla. Tocante á esto del disfraz no había duda, porque ellos la conocían de años atrás. ¡Ah! y cuando vino, *la otra vez*, la *señora disfrazada*, á todos les había socorrido igualmente. Bien se acordaban él y otros de la cara

y modos de la tal, y podían atestiguar que era la misma, la misma que en aquel momento estaban viendo con sus ojos y palpando con sus manos.

Confirmaron todos á una voz lo dicho por el octogenario Silverio, el cual hubo de añadir que por santa fué tenida la señora de antes, y por santísima tendrían á la presente, respetando su disfraz, y poniéndose todos de rodillas ante ella para adorarla. Contestó Benina con gracejo que tan santa era ella como su abuela, y que miraran lo que decían y volvieran de su grave error. En efecto: había existido años atrás una señora muy linajuda, llamada Doña Guillermina Pacheco, corazón hermoso, espíritu grande, la cual andaba por el mundo repartiendo los dones de la caridad, y vestía humilde traje, sin faltar á la decencia, revelando en su modestia soberana la clase á que pertenecía. Aquella dignísima señora ya no vivía. Por ser demasiado buena para el mundo, Dios se la llevó al Cielo cuando más falta nos hacía por acá. Y aunque viviera, *amos*, ¿cómo podía ser confundida con ella, con la infeliz Benina? Á cien leguas se conocía en ésta á una mujer de pueblo, criada de servir. Si por su traje pobrísimo, lleno de remiendos y zurcidos, por sus alpargatas rotas, no comprendían ellos la diferencia entre una cocinera jubilada y una

señora nacida de marqueses, pues bien pudiera ésta vestirse de máscara, en otras cosas no había engaño ni equivocación: por ejemplo, en el habla. Los que oyeron la palabra de Doña Guillermina, que se expresaba al igual de los mismos ángeles, ¿cómo podían confundirla con quien decía las cosas en lenguaje ordinario? Había nacido ella en un pueblo de Guadalajara, de padres labradores, viniendo á servir á Madrid cuando sólo contaba veinte años. Leía con dificultad, y de escritura estaba tan mal, que apenas ponía su nombre: *Benina de Casia*. Por este apellido, algunos guasones de su pueblo se burlaban de ella diciendo que *venta* de Santa Rita. Total: que ella no era santa, sino muy pecadora, y no tenía nada que ver con la Doña Guillermina de marras, que ya gozaba de Dios. Era una pobre como ellos, que vivía de limosna, y se las gobernaba como podía para mantener á los suyos. Habíala hecho Dios generosa, eso sí; y si algo poseía, y encontraba personas más necesitadas que ella, le faltaba tiempo para desprenderse de todo... y tan contenta.

No se dieron por convencidos los miserables, dejados de la mano de Dios, y alargando las suyas escuálidas, con afligidas voces pedían á Benina de Casia que les socorriese. Andrajosos y escuálidos niños se unieron al coro, y aga-

rándose á la falda de la infeliz alcarreña, le pedían pan, pan. Compadecida de tantas desdichas, fué la anciana á la tienda, compró una docena de panes altos, y dividiéndolos en dos, los repartió entre la miserable cuadrilla. La operación se dificultó en extremo, porque todos se abalanzaban á ella con furia, cada uno quería recibir su parte antes que los demás, y alguien intentó apandar dos raciones. Diríase que se duplicaban las manos en el momento de mayor barullo, ó que salían otras de debajo de la tierra. Sofocada, la buena mujer tuvo que comprar más libretas, porque dos ó tres viejas á quienes no tocó nada, ponían el grito en el cielo, y alborotaban el barrio con sus discordes y lastimeros chillidos.

Ya se creía libre de tales moscones, cuando la llamó con roncas voces una mujer que llevaba en brazos á un niño cabezudo, monstruoso. Al punto en ella reconoció á la que había visto con la Burlada días antes, camino de la Puerta de Toledo. Pretendía la tal que Benina subiese con ella á un cuarto alto de la casa de corredor, donde le mostraría el más lastimoso cuadro que podría imaginarse. Prestóse Benina á subir, porque más podía en ella siempre la piedad que la conveniencia, y por la escalera le explicaba la otra la situación de su desdichada familia. No era casada; pero *por lo ci-*

*vil* había tenido dos niños que se le habían muerto de garrotillo, uno tras otro, con diferencia de seis días. Aquél que llevaba, de cabeza deforme, no era suyo, sino de una compañera que andaba con un ciego *de violín*, borracha ella, y si á mano venía, *tomadora*. La que contaba estas tristezas llamábase Basilisa; tenía á su padre baldadito, de andar en el río cogiendo anguilas, con el agua hasta los corvejones; á su hermana Cesárea bismada, de los golpes que le dió su querido, un silbante, un golfo, un *rata*, «á quien tiene usted toda la noche jugando al mus en *cas del Comadreja*, Mediodía Chica. ¿Conoce la señora ese *establecimiento*?

—De nombre, — dijo Benina medianamente interesada en la historia.

—Pues ese sin vergüenza, tras apalearse á mi hermana, nos empeñó los mantones y las enaguas. Debe usted de conocerle, porque otro más granuja no lo hay en Madrid. Le llaman por mal nombre *Si Toséis Toméis...* y por abreviar le decimos *Toméis*.

—No le conozco... Yo no me trato con gente de esa.»

Subieron, y en uno de los cuartos más estrechos del corredor alto, vió Benina el tremendo infortunio de aquella familia. El viejo reumático parecía loco; en la desesperación que le cau-

saban sus dolores, vociferaba, blasfemando, y Cesárea, de la inanición que la consumía, estaba como idiota, y no hacía más que dar azotes en las nalgas á un chico mocososo, lloricón, y que ponía los ojos en blanco de la fuerza de sus berridos y contorsiones. En medio de este desbarajuste, las dos mujeres expresaron á Benina que su mayor apuro, á más del hambre, era pagar al casero, que no las dejaba vivir, reclamando á todas horas las tres semanas que se debían. Contestó la anciana que, con gran sentimiento, no se hallaba en disposición de sacarlas del compromiso, por carecer de dinero, y lo único que podía ofrecerles era una peseta, para que se remediaran aquel día y el siguiente. Traspasado el corazón de lástima, se despidió de la infeliz patulea, y aunque se mostraron las dos mujeres agradecidas, bien se conocía que algún reconcomio se les quedaba dentro del cuerpo por no haber recibido el socorro que esperaban.

En la escalera detuvieron á Benina dos vejanconas, una de las cuales le dijo con mal modo: «¡Vaya, que confundirla á usted con Doña Guillermina!... ¡Zopencos, más que burros! Si a ¡uella era un ángel vestido de persona, y ésta... bien se ve que es una *tía ordinaria*, que viene acá dándose el pisto de repartir limosnas... ¡Señora!... ¡vaya una señora!... apestan-

do á cebolla cruda... y con esas manos de fregar... Ahora se dan santas del *pan pringao*, y... ¡á cuarto las imágenes; *caras de Dios á cuarto!*»

No hizo caso la buena mujer, y siguió su camino; pero en la calle, ó como quiera que se llame aquel espacio entre casas, se vió importunada por sinnúmero de ciegos, mancos y paralíticos, que le pedían con tenaz insistencia pan, ó perras con qué comprarlo. Trató de sacudirse el molesto enjambre; pero la seguían, la acosaban, no la dejaban andar. No tuvo más remedio que gastarse en pan otra peseta y repartirlo presurosa. Por fin, apretando el paso, logró ponerse á distancia de la enfadosa pobrería, y se encaminó al vertedero donde esperaba encontrar al buen Mordejai. En el propio sitio del día anterior estaba mi hombre aguardándola ansioso; y no bien se juntaron, sacó ella de la cesta los viveres que llevaba, y se pusieron á comer. Mas no quería Dios que aquella mañana le saliesen las cosas á Benina conforme á su buen corazón y caritativas intenciones, porque no hacía diez minutos que estaban comiendo, cuando observó que en el camino, debajito del vertedero, se reunían gitanillos maleantes, alguno que otro lisiado de mala estampa, y dos ó tres viejas desarrapadas y furibundas. Mirando al grupo idílico que en la escombrera formaban la anciana y el ciego, toda

aquella gentuza empezó á vociferar. ¿Qué decían? No era fácil entenderlo desde arriba. Palabras sueltas llegaban... que si era santa de pega; que si era una ladrona que se fingía beata para robar mejor... que si era una lame-cirios y chupa-lámparas... En fin, aquello se iba poniendo malo, y no tardó en demostrarlo una piedra, ¡pim! lanzada por mano vigorosa, y que Benina recibió en la paletilla... Al poco rato, ¡pim, pam! otra y otras. Levantáronse ambos despavoridos, y recogiendo en la cesta la comida, pensaron en ponerse en salvo. La *dama* cogió por el brazo á su caballero y le dijo: «Vámonos, que nos matan.»

## XXX

Trepando difícilmente por el declive pedregoso, cayendo y levantándose á cada instante, cogidos del brazo, las cabezas gachas, huían del formidable tiroteo. Éste llegó á ser tan intenso, que no había respiro entre golpe y golpe. Á Benina la tocaron los proyectiles en partes vestidas, donde no podían hacer gran daño; pero Almudena tuvo la desgracia de que un

guijarro le cogiese la cabeza en el momento de volverse para increpar al enemigo, y la descalabradura fué tremenda. Cuando llegaron, jadeantes y doloridos, á un sitio resguardado de la terrible lluvia de piedras, la herida del marroquí chorreaba sangre, tiñendo de rojo su faz a narilla. Lo extraño era que el descalabrado callaba, y la que había salido ilesa ponía el grito en el cielo, pidiendo rayos y centellas que confundieran á la infame cuadrilla. La suerte les deparó un guarda-agujas, que vivía en una caseta próxima al lugar del siniestro, hombre reposado y pío que, demostrando tener en poco á las víctimas del atentado, las acogió como buen cristiano en su vivienda humilde, compadecido de su desgracia. Á poco llegó la guardesa, que también era compasiva, y lo primero que hicieron fué dar agua á Benina para que le lavase la herida á su compañero, y de añadidura sacaron vinagre, y trapos para hacer vendas. El moro no decía más que: «*Amri, ¿pieldra ti no?*

—No, hijo: no me ha tocado más que una china en el cogote, que no me ha hecho sangre.

—¿*Dolier* ti?

—Poco... no es nada.

—Son los *embaixos*... *espirtos* malos de *soterrá*.

—¡Indecentes granujas! ¡Lástima de pareja de la Guardia civil, ó siquiera del Orden!

Con los procedimientos más elementales le hicieron la cura al pobre ciego, restañándole la sangre, y poniéndole vendas que le tapaban uno de los ojos; después le acostaron en el suelo, porque se le iba la cabeza y no podía tenerse en pie. Volvió la mendiga á sacar de su cesta el pan y la carne á medio comer, ofreciendo partir con sus generosos protectores; pero éstos, en vez de aceptar, les brindaron con sardinas y unos churros que les habían sobrado de su almuerzo. Hubo por una y otra parte ofrecimientos, finuras y delicadezas, y cada cual, al fin, se quedó con lo suyo. Pero Benina aprovechó las buenas disposiciones de aquella honrada gente para proponerles que albergasen al ciego en la caseta hasta que ella pudiese prepararle alojamiento en Madrid. No había que pensar en que volviese á las Cambroneras, donde sin duda le tenían mala voluntad. Á Madrid y á su casa de ella no podía conducirlo, porque ella servía en una casa, y él... En fin, que no era fácil explicarlo... y si los señores guarda-agujas pensaban mal de las relaciones entre Benina y el moro, que pensarán. «Miren ustedes—dijo la anciana viéndoles perplejos y desconfiados,—no poseo más dinero que esta peseta y estas perras. Tómenlas, y tengan aquí al pobre ciego hasta mañana. Él no les molestará, porque es bueno y honrado. Dormirá en este rincón con

sólo que le den una manta vieja, y tocante á comer, de lo que ustedes tengan.»

Después de corta vacilación aceptaron el trato, y permitiéndose dar un consejo á la para ellos extraña pareja, dijo el guarda: «Lo que deben hacer ustedes es dejarse de andar de vagancia por calles y caminos, donde todo es ajetreo y malos pasos, y ver de meterse ó que los metan en un asilo, la señora en las *ancianitas*, el señor en otro recogimiento que hay para ciegos, y así tendrían asegurado el comer y el abrigo por todo el tiempo que vivieran.» Nada contestó Almudena, que amaba la libertad, y la prefería trabajosa y miserable á la cómoda sujeción del asilo. Benina, por su parte, no queriendo entrar en largas explicaciones, ni desvanecer el error de aquella buena gente, que sin duda les creía asociados para la vagancia y el merodeo, se limitó á decir que no se recogían en un *establecimiento* por causa de la mucha *existencia* de pobres, y que sin recomendaciones y tarjetas de personajes no había manera de conseguir plaza. Á esto respondió la guardesa que podrían lograr sus deseos de *recogerse*, si se entendían con un señor muy piadoso que anda en estas cosas de asilos; un sacerdote... que le llaman D. Romualdo.

«¡D. Romualdo!... ¡Ah! sí, ya sé; digo, no le conozco más que de nombre. ¿Es un señor cura,

alto y guapetón, que tiene una sobrina llamada Doña Patros, que bizca un poco?»

Al decir esto, sintió la Benina que se renovaba en su mente la extraña confusión y mezcla de lo real y lo imaginado.

«Yo no sé si bizca ó no bizca la sobrina...—prosiguió la guardesa;—pero sé que el D. Romualdo es de tierra de Guadalajara.

—Es verdad... Y ahora se ha ido á su pueblo... Por cierto que le proponen para Obispo, y habrá ido á traer los papeles.»

Convinieron todos en que el D. Romualdo misterioso no vendría del pueblo sin traerse los papeles, y en seguida se cerró trato para el hospedaje y custodia de Almudena en la caseta por veinticuatro horas, dando Benina la peseta y perros que tenía (menos tres piezas chicas que guardó aparte), y comprometiéndose los otros á cuidar del ciego como si fuera su hijo. Aún tuvo la pobre Nina que bregar un poquito con el marroquí, empeñado en que le llevara *sigos*; pero al fin pudo convencerle, encareciéndole el peligro de que la herida de la cabeza le trajera algún trastorno grave si no se estaba quieto. «*Amí, golber tí* mañana—decía el infeliz al despedirla.—Si dejar mi solo, *murierme yo migo.*» Prometió la anciana solemnemente volver á su compañía, y se fué melancólica, revolviendo en su magín las tristezas de aquel

dia, á las cuales se unian presagios negros, barruntos de mayores afanes, porque se había quedado sin un cuarto, por dejarse llevar del ímpetu caritativo de su corazón dando tanta limosna. Seguramente vendrían para ella grandes apreturas, pues tenía que devolver pronto á la *Pitusa* sus joyas, allegar recursos para mantener á la señora y á su huésped, socorrer á Almudena, etc... Tantas obligaciones se había echado encima, que ya no sabía cómo atender á ellas.

Llegó á su casa, después de hacer sus compras á crédito, y encontrando á Frasquito muy bien, propuso á Doña Paca darle de alta, y que se fuera á desempeñar sus obligaciones y á ganarse la vida. Asintió á ello la señora, y la tristeza de ambas se aumentó con la noticia, traída por la criada de Obdulia, de que ésta se había puesto muy malita, con alta fiebre, delirio, y un traqueteo de nervios que daba compasión. Allá se fué Benina, y después de avisar á los suegros de la señorita para que la atendieran, volvió á tranquilizar á la mamá. Mala tarde y peor noche pasaron, pensando en las dificultades y aprietos que de nuevo se les ofrecían, y á la siguiente mañana la infeliz mujer ocupaba su puesto en San Sebastián, pues no había otra manera de defenderse de tantas y tan complejas adversidades. Cada día mermaba su cré-

dito, y las obligaciones contraídas en la calle de la Ruda, ó en las tiendas de la calle Imperial, la abrumaban. Vióse en la necesidad de salir también al pordioseo de tarde, y un ratito por la noche, pretextando tener que llevar un recado á la *niña*. En la breve campaña nocturna, sacaba escondido un velo negro, viejísimo, de Doña Paca, para entapujarse la cara; y con esto y unos espejuelos verdes que para el caso guardaba, hacia divinamente el tipo de señora ciega vergonzante, arrimadita á la esquina de la calle de Barrionuevo, atacando con quejumbroso reclamo á media voz á todo cristiano que pasaba. Con tal sistema, y *trabajando* tres veces por día, lograba reunir algunos cuartos; mas no todo lo necesario para sus atenciones, que no eran pocas, porque Almudena se había puesto mal, y seguía en la caseta de las Pulgas. Nada cobraba el guarda-agujas por hospedaje del infeliz moro; pero había que llevar á éste la comida. Obdulia no entraba en caja: era forzoso asistirle de medicamentos y caldos, pues los suegros se llamaban Andana, y no era cosa de mandarla al Hospital. Tenía, pues, sobre sí la heroica mujer carga demasiado fuerte; pero la soportaba, y seguía con tantas cruces á cuestas por la empinada senda, ansiosa de llegar, si no á la cumbre, á donde pudiera. Si se quedaba en mitad del camino, tendría la satis-

faceión de haber cumplido con lo que su conciencia le dictaba.

Por la tarde, pretextando compras, pedía en la puerta de San Justo, ó junto al Palacio arzobispal; pero no podía entretenerse mucho, porque su tardanza no inquietara demasiado á la señora. Al volver una tarde de su petitorio, sin más *ganancia* que una perra chica, se encontró con la novedad de que Doña Paca, acompañada de Frasquito, había ido á visitar á Obdulia. Díjole además la portera que momentos antes había subido á la casa un señor sacerdote, alto, de buena presencia, el cual, cansado de llamar, se fué, dejando un recadito en la portería.

«¡Ya!... Es D. Romualdo...»

—Así dijo, sí, señora. Ya ha venido dos veces, y...

—¿Pero se marcha otra vez á Guadalajara?

—De allá vino ayer tarde. Tiene que hablar con Doña Paca, y volverá cuando pueda.»

Ya tenía Benina un espantoso lío en la cabeza con aquel dichoso clérigo, tan semejante, por las señas y el nombre, al suyo, al de su invención; y pensaba si, por milagro de Dios, habría tomado cuerpo y alma de persona verídica el sér creado en su fantasía por un mentir inocente, obra de las afflictivas circunstancias. «En fin, veremos lo que resulta de todo esto—se dijo subiendo pausadamente la escalera.—Bien ve-

nido sea ese señor cura si viene á traernos algo.» Y de tal modo arraigaba en su mente la idea de que se convertía en real el mentido y figurado sacerdote alcarreño, que una noche, cuando pedía con antiparras y velo, creyó reconocer en una señora, que le dió dos céntimos, á la mismísima Doña Patros, la sobrina que bizcaba una miaja.

Pues, señor, Doña Paca y Frasquito trajeron la buena noticia de que Obdulia se restablecía lentamente. «Mira, Nina—le dijo la viuda:— como quiera que sea, has de llevarle á Obdulia una botella de amontillado. Á ver si te la fian en la tienda; y si no, busca el dinero como puedas, que lo que tiene la *niña* es debilidad. La otra se mostró conforme con esta esplendidez, por no chocar, y se puso á hacer la cena. Taciturna estuvo hasta la hora de acostarse, y Doña Francisca se incomodó con ella porque no la entretenía, como otras veces, con festivas conversaciones. Sacó fuerzas de flaqueza la heroica anciana, y con su espíritu muy turbado, su mente llena de presagios sombríos, empezó á despotricar como una taravilla, para que se embelesara la señora con unas cuantas chanzonetas y mil tonterías imaginadas, y pudiera coger el sueño.